



Reconocimiento a las buenas prácticas de continuidad educativa

Implementadas por docentes en El Salvador, ante la emergencia por COVID-19

Videoclases, un excelente recurso para el aprendizaje de estudiantes sordos

Lidia Guadalupe Rivera Ocampo

Su entrega
no tiene límites



INSTITUTO NACIONAL DE
FORMACIÓN DOCENTE



GOBIERNO DE
EL SALVADOR

MINISTERIO
DE EDUCACIÓN

Videoclases, un excelente recurso para el aprendizaje de estudiantes sordos

Lidia Guadalupe Rivera Ocampo

El último día que llegaron a clases, una de mis alumnas me preguntó, con sus manitas en el aire: “¿Y el teatro para cuándo, profesora?”, a lo que respondí con certeza: “Te prometo que el viernes comenzamos a ensayar de nuevo... Pero ese viernes jamás llegó”. Al recordar ese momento, a diario pasan por mi cabeza su carita y sus manitas, contándome sus sueños, deseos y angustias... siempre hay algo que compartir cuando se cuenta con una lengua tan rica y se está en un ambiente donde te entienden,

donde las personas pertenecen al mismo mundo y comparten una misma cultura e identidad. En casa, por más que amen a sus hijas e hijos, no será igual; la gran mayoría de los padres de familia no son sordos y algunos ni siquiera dominan la lengua de señas. Las niñas y los niños con sordera echan de menos la escuela porque



Complejo Educativo para sordos
Licenciada Griselda Zeledón
lidiarocampo@gmail.com

NIVEL DE ATENCIÓN
1.º grado hasta 9.º grado

ASIGNATURA
Español, como segunda lengua

San Salvador, San Salvador



Reconocimiento a las buenas prácticas de continuidad educativa

Implementadas por docentes en El Salvador, ante la emergencia por COVID-19

se extrañan entre ellos y ellas; pero conservo la esperanza que algunas y algunos estudiantes nos extrañen a nosotros, sus docentes, y que cuando nos volvamos a ver, sea hermoso.

Volviendo a ese día, en el que todo cambió, creí que sería un mes nada más, por lo que elaboré guías para los 3 niveles solo con 30 actividades; pero al pasar esos 30 días, comencé a preocuparme, entre otras cosas, porque recién había iniciado un proyecto y había proporcionado la libreta de lectura a casi todo el grupo; este proceso me llevó casi 6 meses en prepararlo, por lo que hacerlos continuar sin mi supervisión, o peor aún, abandonar el proyecto, “no era una opción”. Día y noche pensé en quién orientaría a los padres y a las madres para leer con ellos en lengua de señas y no me había percatado que la solución la tenía, literalmente, en mis manos y en algunos aspectos quizá sería aún más eficaz. El problema estaba en que este año no tuve grado a cargo y, por ende, no tenía un grupo de WhatsApp con estudiantes; sumado a esto, había perdido mi teléfono móvil y mi computadora no tenía batería ni le servía el cargador. Fue gracias a la generosidad de un amigo, que conseguí el cargador y me di cuenta que la computadora no tenía cámara; pero

por fortuna en esos días encontré mi celular, así que me apresuré a formar los grupos de chat y arreglármelas con las herramientas que tenía a mi alcance.

Tener WhatsApp jamás había estado entre mis planes, pero ya no quedaba de otra y tenía que iniciar de inmediato, no había tiempo que perder.

Una vez contactados mis estudiantes, todo fluyó; el tener comunicación con ellas y ellos en esos días fue, desde el inicio, inquietante y a la vez, tranquilizador. Por un lado, podía hacer videollamadas y saber cómo estaban y por otro, el teléfono timbraba a cada instante y, bueno, fue algo a lo que también tuve que acostumbrarme.

Durante ese tiempo fui ideando estrategias para tener mis momentos de silencio y también para mantener al grupo animado cuando la desmotivación era evidente, dadas las circunstancias derivadas de la pandemia. Considerando que casi los nueve grados son heterogéneos en cuanto a su nivel lingüístico, había que elaborar actividades procurando que no fueran demasiado complicadas de interpretar en LESSA para algunos estudiantes, pero tampoco demasiado sencillas y se tornaran aburridas para otros; por lo que, debido a ese dilema, pensé en la estra-



tegia de presentarles lecturas tanto en versión larga como en versión corta, con frecuencias extraídas de los folletos de lectura que les había entregado.

Si voy a reforzar la lectura –me decía–, tengo que modelar el texto en LESSA; pero si la leo, la memorizarán y solo simularán que leen; si les doy el vocabulario en LESSA, leerán fragmentado... ¿y dónde quedará la gramática de la lengua de señas? Si les cuento la historia, solo la repetirán y no serán creativos al narrarla; pero si no la narro, algunos se desmotivarán; si la leo con voz, la riqueza expresiva de la lengua de señas pierde detalles y si la leo sin voz, ¿cómo sabrán los padres de qué estoy hablando?

Tengo que reconocer que me sentía atrapada, además debía pensar que la decisión metodológica por la que optara favoreciera no solo a madres y padres oyentes, sino también a quienes padecen sordera, que, si bien son pocos, pero por cuatro o cinco madres y padres con dicha dificultad, todo cambia. **Debía tener en cuenta que, en esta situación actual, las madres y los padres fungen como docentes y, en cierta medida, también son estudiantes.** Si hacía historias con títeres, quizá les parecerían ridículas

a los padres de familia. “Está bien que narres y cantes –me decía–; pero, ¿por qué en línea? ¿Por qué no esperas a verlos de nuevo? El teatro está bien, pero recordá que sos maestra de español, no de teatro, y la poesía... ¡ya basta!, no te emociones”. Aunque por más recriminaciones y dudas internas y, sobre todo, para no entrar en conflicto conmigo misma, terminé haciendo un poco de todo.

Pensaba que tenía que escoger muy bien el vestuario, pues podía parecer cualquier cosa: gorda, vieja, fea y desliñada. La búsqueda fue titánica y, por más esfuerzos que realicé, más de alguna vez parecí, al menos, tres de esas apariencias. Encontrar las señas perfectas también fue todo un dilema; por más que leía el texto, investigaba alguna seña en la que tenía duda o ensayaba la gramática que creía correcta, a la hora de decirme “luces, cámara y acción”, los nervios me traicionaban y terminaba moviendo la mano izquierda muy arriba haciendo gesto agradable, cuando debía fruncirlo, o terminada emocionándome demasiado en un párrafo que era triste.

Ahora que ya me acostumbré, solo me queda seleccionar el lugar: que sea apartado, por donde no pasen mis hijos frecuentemente; que cuente con luz solar o artificial; que tenga algo



Reconocimiento a las buenas prácticas de continuidad educativa

Implementadas por docentes en El Salvador, ante la emergencia por COVID-19

donde se pueda sostener el teléfono móvil o, al menos, amarrarlo; que haya una pared que no esté descolorida y que sea un lugar por donde los gatos de la casa no se asomen. Como sea, cuando la hora de filmar los videos de la semana llegaba, siempre había mucho por tener en cuenta: planificaciones, materiales, texto, maquillaje, vestuario... era un ir y venir, pero me encantaba. “Ya lo he ensayado una y mil veces, ¿qué puede salir mal?” –me decía-. Pero, aun así, a veces todo salía mal. Las artes escénicas son lo mío, pero filmarme sola es otra historia; así que volvía a intentarlo una y otra vez, hasta que llegaba la noche y, muchas veces, la madrugada.

Al inicio me filmaban mis hijos, pero no me gustaba depender de sus horarios; además, por treinta años he estado a solas en mi aula con mis estudiantes, por lo que en ese momento mis adorados hijos eran unos intrusos. Con frecuencia iniciaba a las ocho de la mañana, pero recuerdo un día especialmente, uno de esos lluviosos, en que aproveché para filmar desde temprano. Pasé tirada con un títere en las manos ensayando toda la mañana, queriendo hacer que leyera; era un títere mechudo y desarrapado, por más que lo peiné y le abroché la camisa para que pareciera un intelectual, me fue imposible.





La escena filmada duró menos de un minuto y era solo para incentivarlos a leer; pero lograr esto me tomó todo el día lluvioso,

pues tuve sostener al, mismo tiempo, el desarrapado títere y el libro, cuidando que no se le soltara la camisa, haciendo que sus diminutas manos signaran y teniendo cuidado de que no saliera mi cuerpo en el video porque estaba colgando de una cama, y este no era precisamente el escenario deseado...

Así comenzaron mis días de clases por WhatsApp; por eso, no hay que andar diciendo "de esa agua no beberé". Ahora me levanto mirando mi teléfono, me duermo revisándolo y me despierto a medianoche, preguntándome si olvidé contestarle a alguien o se fue por alto anotarlo; me levanto, reviso y, con suerte, me vuelvo a dormir. Por la mañana veo que no está cargado y eso me desbarata todo... Pero ahora ya sé que los lunes son días de enviar las actividades, así que me apresuro a bañarme, por aquello de las videollamadas, para estar lista en mi improvisada oficina y aunque he dejado listas las actividades desde la noche anterior, no me gusta angustiar a las mamás tan temprano porque sé que ellas también la están pasando mal; pero, por otro lado, sino las envío temprano,

tengo un par de alumnnitas deseosas de empezar y comienzan a preguntar por sus actividades. Además, si algunas o algunos estudiantes las terminan rápido, me queda más tiempo para revisar y es que, a veces, se me complica con las nueve secciones. Todo el esfuerzo que he hecho el fin de semana elaborándolas se pone a prueba, pero nunca estoy del todo satisfecha, ya que lo más importante es que sean bien recibidas y comprendidas, que no sean ni muy extensas ni demasiado cortas y, sobre todo, que las niñas y los niños las disfruten y aprendan con ellas. Ya enviadas, espero unos minutos y comienzan las preguntas; trato de responder conforme van llegando, pero por más detalles que incluya, siempre hay algo que se me escapa. El día se me va en enviar y reenviar mensajes, así como en responder y explicar; sin embargo, lo más bonito de todo es el momento de volverles a ver, aunque sea por medio de los videos, que son pregrabados, pero algo es algo.

Por las noches, además, tengo que reforzar lo aprendido en mi lección de Classroom y sueño el día en que todos estos recursos enriquezcan la enseñanza en mi aula; pero, por el momento, solo me queda esperar y prepararme para ese



Reconocimiento a las buenas prácticas de continuidad educativa

Implementadas por docentes en El Salvador, ante la emergencia por COVID-19

día. Ahora yo soy también una alumna, proceso que al inicio fue inquietante y si bien es cierto que me falta mucho camino por recorrer, me siento contenta porque, al menos, ya iniciamos ese camino que parecía lejano. El problema es que muy pocos de mis estudiantes tienen acceso a Internet a tiempo completo, por lo que el inicio de las clases por medio de Classroom me preocupa. Definitivamente, sé que hay muchas oportunidades pedagógicas en esa plataforma; sin embargo, por el momento, estas no son para todos mis alumnos y alumnas, ya que varios tienen dificultad para conectarse aún por WhatsApp, pues comparten el teléfono con otros miembros de su familia y, con frecuencia, no tienen saldo; pero sé que siempre habrá alguna solución.

Las dificultades no han sido solo por el acceso a Internet, también hemos tenido que afrontar el hecho de que algunos niños y niñas han tenido familiares enfermos, o incluso, fallecidos; la incertidumbre que ha causado la falta de empleo; las situaciones provocadas por las lluvias y los temporales, anudado al poco dominio de algunos miembros de la familia sobre la lengua de señas; todo esto ha hecho un tanto dificultoso el trabajo de nosotros como docen-

tes. Pero, ante todo, también he visto niñas y niños que nunca leían en casa y ahora sí lo hacen y estudiantes que con mucha dificultad trabajaban en clases, pero ahora están cumpliendo tareas. Algunos alumnos y alumnas han mejorado su actitud hacia el estudio en estos días, digamos unos diez; pero “diez” es un número bonito. Algunos niños y niñas de repente se ausentan, pero basta con un “hola, ¿cómo estás?”, “¿tenés algún problema?”, “¿por qué ya no te has conectado?”..., y al día siguiente se comunican. Sin embargo, lamentablemente, hemos tenido deserción; son pocos y pocas estudiantes, pero sí hay. Niñas y niños de quienes no sabemos casi nada y que, si les escribimos, nos ignoran.

En lo personal, el aprendizaje ha sido enorme, empezando por el aspecto tecnológico, el cual me ha acercado a una plataforma que me abre muchas posibilidades; sobre todo como maestra de una segunda lengua y también por el hecho de tener más relación con los padres de familia. El poder compartir experiencias metodológicas ha sido fantástico; ahora ellos y ellas están aprendiendo estrategias de enseñanza para sus hijas e hijos y mejorando su lengua de señas para poder comunicarse con fluidez. A los niños y niñas les veo compartiendo más con



Reconocimiento a las buenas prácticas de continuidad educativa

Implementadas por docentes en El Salvador, ante la emergencia por COVID-19

su familia y eso ha sido muy satisfactorio para mí. También, con algunas y algunos estudiantes tengo más comunicación escrita, lo cual hace que practiquen su español, que es el talón de Aquiles de la población sorda.

Comenzar a usar Classroom con todo mi grupo de estudiantes es un desafío; pero ahora que conozco las ventajas, sé que será una herramienta de valor incalculable. El ser maestra de español como segunda lengua me permitirá explorar muchos caminos metodológicos du-

rante este tiempo de pandemia, que espero seguir manteniendo cuando volvamos a las clases presenciales.

Como diría una de mis alumnitas: "En el año 2055 todos los alumnos y alumnas tendremos una computadora que *signe*; que al darle clic, nos contará cuentos en lengua de señas. Nosotros seguiremos siendo sordos, pero todos podremos leer y signar".

Ojalá que el sueño de ella se cumpla y deseo que sea mucho antes de 2055.

